

# Mensajero del **Archivo Histórico**

*de la*

**uia** laguna

**Dirección de Investigación y Difusión Editorial**  
**Torreón, México.** 30-IX-2000. Buzones electrónicos:  
archivo.historico@lag.uia.mx y sergio.corona@lag.uia.mx

## **ÍNDICE**

página

<b>Noticias del Archivo Histórico</b>	<b>1</b>
<b>Ensayo histórico: El sur de Coahuila y el chocolate</b>	<b>2</b>
<b>Libros de la Dirección de Investigación y Difusión Editorial</b>	<b>8</b>
<b>El mostrador: <i>Arcángeles</i>: un mural de la derrota memorable</b>	<b>9</b>
<b>Bibliografía del fondo reservado</b>	<b>15</b>

Coordinador del Archivo Histórico y editor del boletín: Mtro Sergio Antonio Corona Páez

## **Noticias del Archivo Histórico**

### **• Saludo a nuestros nuevos amigos**

Queremos dar la más cordial bienvenida a todos aquellos amigos que desde diversos países del mundo reciben nuestro boletín –quizá debiéramos decir *revista*— el cual constituye un espacio cultural que trata sobre Historia Mexicana de los siglos XVI al XX, con entradas temáticas de historia económica, social, de mentalidades, vida cotidiana y cultura material con especial énfasis en el ámbito del sur de Coahuila. Otro de nuestros objetivos es dar a conocer la existencia de importantes fondos documentales existentes en

nuestro Archivo Histórico y prácticamente desconocidos para el mundo académico. Contamos asimismo con un espacio para los amantes de la literatura contemporánea, que complementa nuestro *Mensajero*. Vaya pues un especial saludo para nuestros amigos de H-México y de Ribese.

- **Nueva donación**

El Archivo Histórico ha recibido una nueva donación. En esta ocasión se trata de un significativo número de ejemplares del *Hijo del Ahuizote*, incisivo semanario dominical político y de caricaturas de finales del siglo XIX e inicios del XX y con referencias a todos los estados y territorios de México. Esta magnífica donación se debe al licenciado Alejandro Reza Heredia, Cronista de la Universidad Iberoamericana Laguna.

## **EL SUR DE COAHUILA Y EL CHOCOLATE**

El libro de cuentas de mostrador del tendero de Santa María de las Parras<sup>1</sup>, el mismo al que nos hemos referido en el ensayo anterior<sup>2</sup>, le servía para llevar registro de sus operaciones comerciales, las cuales se basaban en el sistema de crédito y, por lo tanto, en el registro minucioso de ventas, artículos, precios y cantidades. Este libro nos muestra los consumos de sus clientes para un periodo dado del año de 1766.

---

<sup>1</sup> En el número pasado hablábamos del consumo de tabaco en el sur de Coahuila, estado norteño de México que tiene frontera con Texas.

<sup>2</sup> UIA-Laguna. Copia del Fondo del Colegio de San Ignacio de Loyola de Santa María de las Parras. EXP. 709. Parras, 1766.

Uno de los mejores clientes del establecimiento era don Damasio Adriano —por el nombre y el *don* seguramente tlaxcalteca— y en su cuenta se nos hace constar que gastaba, entre otras cosas, la misma cantidad de dinero en cigarros (siete pesos) que en chocolate (siete pesos por siete libras del dulce). Desde nuestra época de continua inflación resulta interesante constatar que el precio del chocolate en 1766 seguía siendo el mismo que tenía en 1625; la libra —equivalente a 460 gramos— de este alimento seguía costando un peso. Este precio era relativamente alto ya que en una misma localidad la libra de chocolate costaba lo mismo que dos carneros. Esta comparación nos da la pauta de su valor relativo: si en la actualidad medio kilogramo de chocolate nos costara lo mismo que dos carneros, muy poca gente podría comerlo.

Doña Juana María, según cuentas de don Alejandro Barragán, consumía menores cantidades de cigarros (dos pesos) y de chocolate (otros dos pesos) que don Damasio Adriano, aunque ciertamente en la misma proporción que éste, un peso de cigarros por cada peso de chocolate.

En la cuenta correspondiente a Alberto Martínez encontramos un consumo de medio real de chocolate (28.7 gramos) y cinco reales de cigarros. Don Juan Guerrero compró una libra de chocolate (un peso) y ocho reales de cigarros (otro peso). Don Juan López consumió en esas mismas fechas doce pesos de chocolate y de cigarros, y aunque no se especifica la proporción de uno y de otro, podemos inferir por lo ya visto que sería más o menos similar a la de los otros clientes.

Desde luego, no podemos generalizar y decir que absolutamente todo mundo tomaba chocolate. Las cuentas muestran que algunos compraban cigarros, mas no chocolate; otros lo hacían a la inversa; otros, en cambio, preferían el aguardiente (en Parras se fabricaba un excelente aguardiente de orujo).

Lo interesante de todo esto radica en que, partir de las cantidades de dinero representadas en cada registro individual, podemos concluir que en Parras el chocolate era consumido por todas las clases sociales. Se podía comprar desde medio real (6 centavos y fracción, a crédito). Se observa que mientras mayor era el poder adquisitivo del individuo, mayor era el consumo del chocolate. Es decir, parece haber una correlación positiva entre el ingreso y el consumo de chocolate.

Otra cosa en la que debemos hacer hincapié es en que don Alejandro Barragán vendía *chocolate*, eso es, una mezcla ya hecha de los ingredientes que lo constituían, listo para tomarse en casa con agua o leche. En otros lugares de la Nueva Vizcaya, como en la Villa de Santiago del Saltillo, se podían comprar —en tiendas o con mercaderes itinerantes— el cacao, el azúcar y la canela para fabricar el chocolate, o bien las tabletas de chocolate ya preparado<sup>3</sup>.

En el Saltillo del siglo XVIII —población con la que Parras tenía un intenso comercio— los insumos a la venta para la elaboración del chocolate eran tres: el cacao, el azúcar (generalmente morena o de la variedad que llamaban *chancaca*) y canela. Estos ingredientes eran molidos y mezclados en caliente en un metate<sup>4</sup>, artefacto que no faltaba en ninguna casa, por humilde que fuera<sup>5</sup>. Era una receta austera, aunque bastante popular.

Es por todos conocido que el chocolate no siempre se tomó igual, y que el gusto marcadamente sencillo de los novohispanos de lo que ahora es el sur de Coahuila no necesariamente coincidía con la sofisticación y variedad de

---

<sup>3</sup> El Fondo Testamentos del Archivo Municipal de Saltillo cuenta con una gran cantidad de documentación en la que se da cuenta de la vasta variedad de mercancías que se vendían en tiendas o a través de vendedores itinerantes.

<sup>4</sup> El metate es y es una especie de mortero o molino de piedra de origen prehispánico mesoamericano. Se usaba para la molienda del maíz, chile y cacao.

<sup>5</sup> Presente en casi todos los testamentos e inventarios de la época, tanto de indios como de españoles.

ingredientes que utilizaban los habitantes meridionales de la Nueva España. En realidad, el consumo y preparación de este alimento fue sufriendo un proceso de transculturación, de innovación, de *mestizaje culinario* y *occidentalización* muy activo a partir de 1519.



El consumo del chocolate se convirtió en la Nueva España, en América y luego en Europa en una verdadera manía que dio origen a nuevos artefactos para su preparación o consumo, como la *Mancerina*, híbrido de taza y plato (izquierda) o el *molinillo*, un machacador-batidor de madera (abajo). (Alberro, Solange: *Estampas de la Colonia*. Editorial Patria)



Una vez consumada la conquista de la Ciudad de México, los españoles peninsulares y novohispanos comenzaron a experimentar las posibilidades de la bebida, ideando diversas recetas, tanto para fines de consumo local como de comercio trasatlántico, particularmente con España, Italia y Flandes, donde pronto el chocolate fue apreciado y consumido. Los enlaces dinásticos de la rama española de la Casa de Austria pueden explicar en gran medida la difusión de la bebida desde las clases altas europeas.

Thomas Gage, viajero inglés del siglo XVII que visitó la Nueva España y que dio a la prensa en 1648 su obra intitulada *The English-American or a New Survey of the West Indies* (*Los Angloamericanos o nuevo reconocimiento*

*de las Indias Occidentales*) era un fanático del chocolate, como él mismo nos lo relata.

Gage nos da información sobre las recetas del chocolate que tanto le satisfacía, y cuáles eran los hábitos de consumo en la parte que conoció de lo que hoy es México. Y a pesar de que Gage habla en retrospectiva como un súbdito inglés y puritano ex católico que realiza labores de inteligencia en favor de una nación codiciosa y de que él percibe a la Nueva España como lugar de abundancias diabólicas, su testimonio no deja de ser interesante.

Gage nos dice que el ingrediente básico y esencial era el cacao, oscuro o claro. Nos dice —si hemos de creerle, que razón para dudar no hay— que algunos le ponían pimienta negra y otros chile. Entraba en su composición, además, azúcar blanca, canela, clavo, anís, almendras avellanas, zapote, agua de azhar, almizcle, vainilla y achiote (este último para darle color).

Aunque en su origen esta mezcla de ingredientes pudo tener fines medicinales, la verdad es que Gage nos dice que estos componentes eran habituales, variando la receta sólo de acuerdo al gusto particular de cada quien.

La canela —al decir del inglés— era tenida como el mejor de todos los ingredientes que entraban en la composición del chocolate, y nadie la excluía.

Resulta sumamente extraño para los consumidores del siglo XX pensar en una bebida de chocolate picante, combinación de sabores que subsiste en el *mole*<sup>6</sup>. Los chiles que podía llevar podían ser de una de cuatro variedades: piquín, tornachile, *chilchotes* o el *chilpaleguas*, este último ni muy dulce ni muy picante, siendo por ello el más usado.

---

<sup>6</sup> El mole es una pasta que sirve para preparar guisados de carne de pollo o pavo, sumamente populares en México.

En cuanto a la manera de tomarlo —según el relato del viajero— ésta variaba. En la ciudad de México lo bebían caliente con atole y revuelto con molinillo. Por esta noticia podemos rastrear la receta del popular *champurrado*.

La manera más común de preparación, siempre según Gage, era disolver una o dos pastillas de chocolate en agua caliente, batiendo con el molinillo; luego se le ponía azúcar —la necesaria— y se acompañaba con dulces o mazapanes. Otros lo tomaban hervido en agua. En cambio, muchos indios lo tomaban frío, en agua.

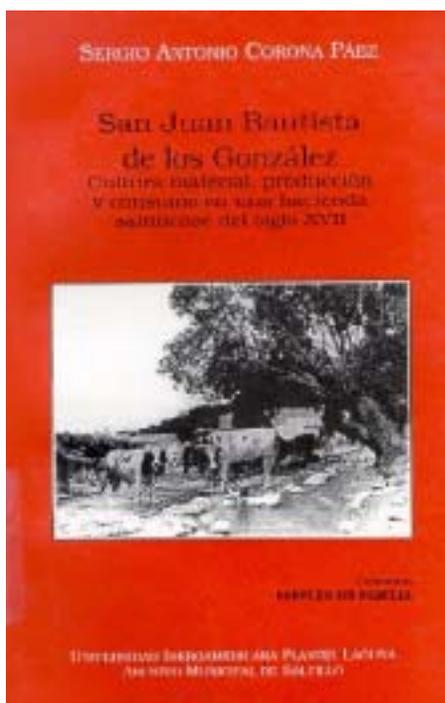
El inglés enamorado de esta bebida mexicana nos relata que cuando escribió su libro llevaba doce años de consumir chocolate constantemente, y solía tomar una jícara<sup>7</sup> temprano por la mañana; otra antes de comer (entre 9 y 10 de la mañana); otra una o dos horas después de comer y una última entre 4 y 5 de la tarde. A veces tomaba una adicional cuando deseaba estudiar por la noche ya que, según él, le mantenía despierto y fresco.

Por todo lo anteriormente referido podemos afirmar que no existió una receta única para la fabricación y consumo del chocolate; ya que la activa experimentación del siglo XVI y XVII lo hizo evolucionar desde el ámbito de la vida cotidiana indígena, pasando por la terapéutica criolla, hasta el de la gastronomía. Mundial.

Podemos aseverar con seguridad que la receta típica del siglo XVIII para el sur de lo que ahora es Coahuila era muy sencilla: cacao, azúcar, canela, y una verdadera y deleitosa pasión por su consumo, totalmente ajena al inhibidor conteo moderno de calorías o carbohidratos, de medidas o de tallas. En nuestro mundo moderno hemos perdido hasta la inocencia de los pequeños vicios.

## Libros de la Dirección de Investigación y Difusión

Editorial (pedidos, por favor a: [acequias@lag.uia.mx](mailto:acequias@lag.uia.mx) )



***San Juan Bautista de los González. Cultura material, producción y consumo en una hacienda saltilleña del siglo XVII.*** Por Sergio Antonio Corona Páez. Editorial Norte Mexicano. 1997. 151 pp. En este libro, coeditado por la Universidad Iberoamericana Laguna y el Archivo Municipal de Saltillo, se busca dar respuesta a preguntas tales como ¿cómo era la producción y el consumo en una hacienda triguera de Saltillo a mediados del siglo XVII? ¿Qué otros cultivos existían? ¿Con que mano de obra se contaba? ¿Cuáles eran las herramientas usadas para la producción? ¿Cuál era la dieta de los habitantes de la hacienda? En resumen, ¿cuáles eran sus condiciones de vida? Este libro responde y a la vez documenta la vida económica de dicha hacienda entre 1663 y 1666. **\$ 35.00**

### Otros títulos en existencia (pesos mexicanos):

- \****Epistolario de un sueño*** del Dr. Ricardo Coronado Velasco \$ 150.00
- \****Entre lo público y lo privado*** de la Mtra. Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- \****Investigación a tu alcance 1*** de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- \****Investigación a tu alcance 2*** de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- \****Investigación a tu alcance 3*** de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y

---

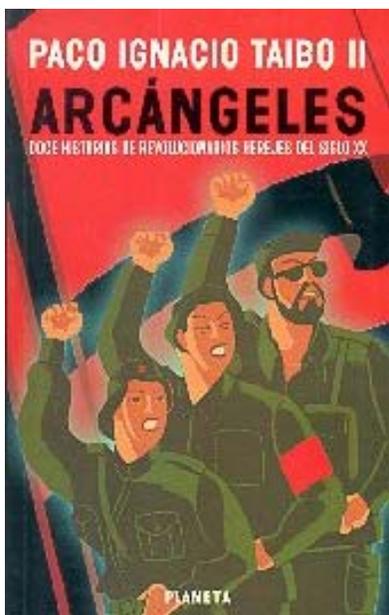
<sup>7</sup> Jícara, taza.

Laura Orellana Trinidad \$ 96.00

*\*Vascos, agricultura y empresa en México. Rafael Arocena: la siembra comenzó en La Laguna.* de Mario Cerutti, Roberto Martínez y Sergio A. Corona. \$ 400.00 y \$475.00

*\*Una disputa vitivinícola en Parras (1679).* Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

## EL MOSTRADOR



***Arcángeles: un mural de la derrota memorable***  
reseña por  
**Jaime Muñoz Vargas**

Francisco Ignacio Taibo Mahojo, también conocido como Paco Ignacio Taibo II, nació en Gijón, España, el 11 de enero de 1949. Desde 1958 vive en México y de hecho, por naturalización, es ya más mexicano que una canción ranchera o un cigarro Delicados. Como él presume, es prófugo de tres escuelas superiores, donde estudió en pedacería algo de letras, sociología e historia. Su vida, cada vez más abrumadora para el biógrafo, se multiplica en quehaceres

variopintos: periodista, profesor universitario, activista en el 68, presidente de asociaciones de escritores, director de espacios culturales, en fin, una carrera sembrada de inquietudes, una carrera donde todo ha cabido, menos el ocio, menos la indiferencia ante el complejo y bello espectáculo de la vida humana que le ha tocado leer —como historiador— o presenciar —como testigo de nuestro tiempo.

Su obra, una de las más exuberantes que conozca el mundo editorial de nuestro país, se ramifica como una madre selva que amenaza con cubrir los muros que le pongan enfrente: novelas, cuentos, crónicas, reportajes, biografías, libros de historia, todo parece ser devorado y muy bien digerido por este glotón de la creatividad, por esta máquina de hacer libros siempre inteligentes y emotivos, siempre dignos de merecer el elogio de la lectura. Tiene Paco Ignacio Taibo II apenas 50 años y por la cantidad de sus títulos publicados parece, como decía Reyes del *abundante* Lope, que las 24 horas del día son insuficientes para acomodar una obra de tal prolijidad.

Son, e insisto que a sus breves cincuenta años, más de cuarenta libros éditos. Y aunque toda mención parcial de sus títulos resultaría arbitraria, cito los que me llegan de golpe a la memoria: *Días de combate*, *No habrá final feliz*, *Héroes convocados*, *Bolshevikis*, *Doña Eustolia blandió el cuchillo cebollero*, *La lejanía del tesoro* y por supuesto *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, biografía del guerrillero argentino que pese a su tamaño y a su precio ha vendido, desde 1996 a la fecha, más de 250 mil ejemplares. Traducido a cerca de veinte lenguas, Taibo es un autor notable no por obra del azar, siempre caprichoso, sino por su talento y por su total ineptitud para el cansancio.

*Arcángeles, doce historias de revolucionarios herejes del siglo XX\** — uno de los recientes títulos de Taibo— es una colección de pequeñas

biografías en las que el asturiano-mexicano rastrea el accidentado devenir de doce apóstoles que en un sentido demasiado comprensivo podemos ubicar en el flanco izquierdo de la geografía política. No desfilan en *Arcángeles*, pues, los figurones empotrados en el devocionario del socialismo, es decir, no están aquí ni Lenin ni Salvador Allende, que otros justísimos libros han merecido. Habitan las páginas de este libro doce hombres que empeñaron sus horas en luchas que hoy —ya bien inoculado el virus del neoliberalismo— llamamos *utópicas*, hombres casi extraviados en la bruma de un pasado tan heroico que ahora nos parece fantástico, tan irreal como una novela de caballerías o un viaje al centro de la tierra.

Taibo, generoso investigador y narrador aún más servicial, centra su propósito en la “Nota” que funge como pórtico del libro: “todos ellos [sus doce apóstoles] se encuentran en el amplio espacio de la izquierda y en el camino sin retorno de la revolución”. Más delante, el autor comenta que “Todos ellos buscaron la revolución y fueron al infierno varias veces para encontrarla. Al reunirse forman parte de la única izquierda que reconozco como precedente, aquella que hace suyos todos los proyectos populares, todas las propuestas, todas las derrotas. Están reunidos en su terquedad, en su fidelidad al intento de transformar radicalmente el planeta, en su maravillosa terquedad”.

Este libro, que según Taibo no tiene “voluntad doctrinaria”, creció en quince años de maduración. Pero ¿cuál es, entonces, el objeto primigenio de *Arcángeles*? PIT II cita a propósito una charla en la que Miguel Bonasso, periodista argentino, le dijo: “Paco, hay que hacer el elogio de la derrota”. Eso es, atinadamente expresado, *Arcángeles*: un elogio de la derrota que muestra, en el envés, otro elogio: el de la ética, el de la dignidad, el de la ensoñación de hombres y mujeres que alguna vez, casi en el anonimato, lucharon con sus

armas ideológicas para construir paraísos en la tierra. No lo lograron, claro está, pero sus fracasos fueron sólo fracasos coyunturales, pues gracias al libro de Taibo reviven para mostrarnos, después de la hedónica lectura, que el triunfo quizá consiste no en ganar allí, en el escenario de los hechos, sino en el otro, en el de la historia que ahora los recuerda con admirada y boquiabierta perplejidad.

Casi todos los que rebasan la treintena guardan en la faltriquera alguna historia con tintes arcangélicos. Yo, por ejemplo, recordé con este libro a los viejos del partido, hombres que me llevaban 30 ó 40 años de lucha y que, hacia finales de los ochentas, ya dibujaban en sus rostros el pliegue de la frustración. Vi fracasados de izquierda, y muchos, pero no sé por qué nunca me parecieron un mal ejemplo. Así miro hoy a los personajes desempolvados por Paco Ignacio. Náufragos que incluso sin la venia del autor nos dan una lección de resistencia, hombres que se aferraron a una astilla en medio del océano y la defendieron hasta el último buche de oxígeno. En estos días que corren uno se siente fracasado si no tiene dos tarjetas de crédito, membresía — o *membría*, como propone Arrigo Coen— en el club y un buen coche. Taibo, con prosa ágil y eficaz, nos muestra que fue cierto el tiempo en el que hubo hombres dispuestos a revelar el enigma de la sociedad justa, místicos de la salvación terrenal, arcángeles que —según los buenos tratados de angelología— se encargan de anunciar los misterios.

El catálogo de *Arcángeles* no repara en gastos de viaje, lo que muestra la tenaz ubicuidad de Taibo II: comienza en Acapulco, con la poética vida de Juan Ranulfo Escudero, pasa por Austria, Rusia, Cuba, Alemania, China, otra vez México, España, Francia y un montón de sitios más. El mundo se nos compacta sobre las manos y en él vemos la refriega de varios personajes acechados por el rastreo biográfico de Paco Ignacio. Una sensación deja el

conocimiento de este abanico de lugares y de hombres: la izquierda, hoy “abolida” por decreto del *american way of life*, fue durante muchos años el combustible del cambio social, y esa izquierda no fue monolítica ni unidireccional, sino poliforme y casi siempre sectaria. Taibo la convoca en este libro que, como señaló en una entrevista reciente para *unomásuno*, fue escrito “contra la tentación caníbal de esa izquierda tribal y sectaria que sólo adopta una parte de la tribu. ‘Aquí hay socialdemócratas, anarquistas, marxistas, bolcheviques y trotskistas. Y todos están vistos como el conjunto del patrimonio de la izquierda. En lugar de tener una visión tribal: *Marx sí, Bakunin no*, aquí la propuesta es Marx y Bakunin son parte de nuestro patrimonio’”.

Dicho patrimonio es, por ejemplo, la vida útil de Juan R Escudero, hijo de comerciantes gachupines que a principios de siglo abandonó la comodidad de los negocios caseros para emprender, en su natal Guerrero, una lucha de vindicación para los trabajadores del puerto. Su empeño, siempre ascendente en grado de confrontación y arrojo contra el poder, lo llevó a sufrir dos muertes por atentado, y casi estamos seguros, por la crónica que teje Paco Ignacio Taibo II, que hubiera aguantado una tercera muerte de no ser por la mala atención médica recibida después del segundo tiro de gracia que hospedó en su cráneo.

Patrimonio nuestro también es la vida de Federico Adler, socialdemócrata austriaco que comete un atentado para manifestar, con ese método un tanto heterodoxo, la urgencia del pacifismo. Inolvidable resulta aquel pasaje traído por Taibo en el que los abogados de Adler lo defienden con el argumento de “locura temporal”, sólo para que Adler —consciente del peligro que se cernía sobre su obra (el atentado)— demuestre su cordura y explique: “No creo en los actos de terror individual, creo en el poder de las

masas, no soy un anarquista, sigo insistiendo en que la acción de las masas es decisiva, quería establecer las condiciones sociológicas para futuros actos de masas”.

No menos emotivo es el periplo que Taibo traza en torno al muralismo mexicano y sus obreros. Con Diego a la cabeza de un séquito de geniales compañeros (Orozco, Siqueiros, Fermín Revueltas, Carlos Mérida y otros muchos), los fresquistas mexicanos emprenden lo que es, quizá y sin quizá, la aventura colectiva más compacta del arte mexicano. Inspirados por las luchas obreras y campesinas, por los aires que todavía frescos soplaban hacia México desde aquel octubre bolchevique, los pintores se treparon al andamio y por unos cuantos pesos de salario nos dejaron obras que son una lección de arte monumental. Aquel movimiento fue tan peculiar que Diego y los *dieguitos* no quisieron ser marginados de la jerarquía trabajadora y formaron la Unión Revolucionaria de Obreros Técnicos, Pintores, Escultores y Gremios Similares, en cuya profesión de fe figuraba ese tercer inciso que solicitaba “Una concepción del trabajo artístico como producción artesanal, realizada por trabajadores del andamio y la brocha, ‘obreros del arte’”.

Patrimonio que nos pertenece es la andanza periodística de Larisa Reisner, acabada joya del compromiso que la pluma adquirió con las hoces y los martillos. También lo es la afantasmada historia del hispano-cubano-mexicano Sebastián San Vicente, activista que parece dar, desde su mismo nombre, tela para una novela folletinesca con subido color rojo. Patrimonio nuestro es Adolfo Abramovich Ioffé, Buenaventura Durruti, Librado Rivera, Max Höltz, P’eng P’ai, el cubanazo Raúl Díaz Argüelles, y lo es también la memoria familiar de Taibo cuando nos habla de su abuelo (contrabandista de armas para los jóvenes anarcosindicalistas) y de Eusebio Carranza, hermoso

transmisor de historias que hoy pueden vivir sólo gracias a la evocación literaria.

Así, más o menos radicales y siempre en los filos del peligro que les ofrecía la batalla contra el poder, estos magníficos derrotados son una prueba de que la historia y la literatura se pueden hermanar en busca de nuestras leyendas, de los mitos que le den sentido y nuevo heroísmo a lo que aún nos quede de apetito utópico. Creo, sin duda, que el lector bien apoltronado en su butaca neoliberal sonreirá un poco, con gesto escéptico, a partir de estas estampas arcangélicas, pues las verá como obra de la arqueología política. Estamos parejos: nosotros, todos los días, reímos con la desvergonzada farsa de la Excelencia, el Éxito, la Optimización, la Filosofía de la Eficiencia y de toda la selva de maravillas que sólo tapan la luz y matan de indigencia, mental y física, al género humano.

*Arcángeles*, libro bellamente editado por Planeta, es un motivo más para acercarnos a la numerosa obra de Paco Ignacio Taibo II.

\**Arcángeles*, Paco Ignacio Taibo II, Planeta, México, 1998, 368 pp.

## Bibliografía del Fondo Reservado



**Libro de emblemas de Andrea Alciato o *Emblemata*.** 213 emblemas. Edición de París. Febrero de 1583. Este libro tuvo enorme influencia y popularidad entre los siglos XVI y XVIII, ya que se conocen más de 175 ediciones realizadas en este período. El número de emblemas fluctuaba entre 98 y 212. Cada emblema consta de un moto o proverbio, una representación iconográfica y un texto epigramático. La edición que custodia el Archivo Histórico de la UIA-Laguna cuenta con el emblema 213, “Populus alba. Emblema CCXIII. Herculeos crines bicolor quod populus ornet, Temporis alternat nox q dies q vices”. (no se ilustra la edición de 1583).

